

Emmanuel Bove

La trampa

Traducción de Salvador Pernas Riaño

P A S O S P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.

Imagen de cubierta: © Grisha Georgiew

Maquetación: Daniel F. Patricio

Título original: *Le piège*

© de la edición original, Éditions de La Table Ronde, 1986

© de esta edición, 2014, Editorial Pasos Perdidos S.L.

© de la traducción, Salvador Pernas Riaño

ISBN: 978-84-941162-9-2

Depósito legal: M-35974-2014

Impreso por Huna Soluciones Gráficas S.L.

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

I

Desde su llegada a Lyon, Bridet buscaba la manera de pasar a Inglaterra. No resultaba fácil. Empleaba sus días en ir y venir de un sitio a otro, allí donde pensaba que podía tener alguna posibilidad de dar con amigos a los que aún no había localizado. Frecuentaba la *brasserie* cercana al gran teatro en la que se reunían los llamados periodistas replegados que habían cruzado desde la Francia ocupada, paseaba por la rue de la République intentando descubrir caras conocidas en las terrazas de los cafés y, entre una cosa y otra, volvía varias veces al día a su hotel con la esperanza de encontrar, por fin, una carta, una cita, una señal del exterior.

Sin embargo, en mitad del caos que invadía la ciudad, en medio de las dificultades generales, entre toda esa gente que en París no solía tratarse, aunque se conociera, no había lugar para la solidaridad. Naturalmente, nadie dejaba de estrechar manos, de hacer esfuerzos para parecer igual de encantado de verse la primera que la décima vez, de mantener buenas relaciones en medio de la inmensa catástrofe y de aparentar que la desgracia, en lugar de dividir, une. Pero bastaba con

dejar de hablar de la miseria general para tratar de que alguien se interesara en su insignificante caso particular para chocar contra un muro.

Al anochecer, Bridet volvía extenuado. Los hoteles estaban reservados a los viajeros de paso y para conservar su habitación tenía que simular un viaje a la semana. «Esto empieza a ser grotesco, pensaba. No haber encontrado después de tres meses la manera de largarme... puede resultar hasta peligroso.» Terminarían por sospechar que quería irse. Y es que nada pone tan claramente de manifiesto nuestras intenciones como una larga serie de fracasos a la hora de ponerlas en práctica. A fuerza de pedir sin conseguir nada, acaba uno dando la idea de que nunca tendrá éxito, de que pertenece a esa categoría un poco ridícula de hombres cuyos deseos son excesivos para sus posibilidades.

• • •

El 4 de septiembre de 1940, Bridet se despertó más pronto que de costumbre. Ocupaba una pequeña habitación en el hotel Carnot —la 59, la última— que daba a la plaza, frente a la estación de Perrache. Había pasado toda la noche escuchando idas y venidas. Nunca antes los franceses habían viajado tanto. Aún no había amanecido, cuando oyó los primeros tranvías. ¡Así pues, la vida seguía su curso! ¡Aún quedaban obreros que se dirigían a su trabajo! Y, sin embargo, algo de esa vida regular, que le llegaba con la agitación del tráfico de primera hora de la mañana y el sonido metálico de las ruedas de los tranvías, le llenaba de desasosiego.

El sol no había sobrepasado la hilera de casas del otro lado de la plaza y esos rayos que no se posaban sobre nada, que simplemente se expandían por el espacio, daban al cielo un

aspecto primaveral. De pronto, una pálida luz dorada tocó el techo de la habitación, Bridet recordó las mañanas de vacaciones y se le encogió el corazón. La vida seguía siendo hermosa. También él deseaba viajar. ¿Pero acaso habría alguna diferencia en Avignon, en Toulouse o en Marsella? En todas partes reinaba la misma asfixia: fuera donde fuera se sentiría aplastado por una policía omnipresente. Siempre iban por parejas, aunque a veces uno de sus miembros vistiera de paisano, como si con las prisas por entrar en servicio no hubiera podido esperar a que le entregaran el uniforme.

«Aunque me repugne, tengo que ver a Basson», murmuró Bridet. Todos los días se decía que debía ir a Vichy y se reprochaba haber esperado demasiado. Había holgazaneado todo el verano en los pueblos de Puy-de-Dôme, de Ardèche y de la Drôme, aguardando no sabía qué, y ahora tenía la impresión de que lo que habría sido posible en la confusión que siguió al armisticio se estaba volviendo cada día más difícil.

Tenía amigos, Basson por ejemplo, que podían encargarle alguna misión, la que fuera, y proporcionarle un pasaporte. Una vez fuera de Francia, Bridet se las apañaría. Inglaterra no era precisamente inaccesible.

«Tengo que ver a Basson como sea», se repetía. Sólo tendría que ocultar sus intenciones. Les diría a todos que deseaba servir a la Revolución nacional.

«¿Me creerán?», se preguntó. No podía olvidar que había hablado demasiado, que había dicho sin ambages, una y otra vez, lo que pensaba; incluso en su actual situación a veces no podía contenerse. Hasta el momento esa locuacidad no había tenido consecuencias, pero precisamente ahora, en el momento de actuar, le parecía que el mundo entero estaba al tanto de sus proyectos. Para darse valor pensó que en el fondo las personas no nos juzgan por lo que hemos dicho —ellas mis-

mas han dicho tantas cosas— sino por lo que decimos en ese mismo momento. No tenía más que ponerse sin la menor fisura del lado del Mariscal. Era un hombre excepcional que había salvado a Francia: gracias a él, los alemanes nos respetaban; se sobreponían a su victoria al igual que nosotros superábamos nuestra derrota, lo que permitía a los dos pueblos hablarse casi de igual a igual. Eso era lo que había que decir. En presencia de un extremista, se podía incluso llegar más lejos: si cada francés escrutase en el fondo de sí mismo, de buena fe, tendría que reconocer que había experimentado un inmenso alivio cuando se firmó el armisticio.

«Estabais por los caminos y ahora estáis en casa», había dicho el Mariscal. Bridet no tenía más que repetirlo; no debía sentir el menor escrúpulo por engañar a semejantes individuos; podía contarles lo que se le antojara; más tarde, cuando se hubiera unido a De Gaulle, podría compensarlo todo.

• • •

Se vistió y salió a la calle. A cien metros entró en otro hotel para visitar a su mujer, como hacía cada mañana.

El gran espejo central del vestíbulo estaba oculto por el ya famoso cartel en el que la imagen del Mariscal ocupaba el centro de la bandera tricolor, con la cabeza ligeramente de perfil, por modestia, con los rasgos suavizados y un falso cuello almidonado, el quepi rígido y esa expresión de profunda honestidad, de ligera amargura, de firmeza que no excluye la bondad, que los malos artistas tan bien saben transmitir.

Al igual que la de su marido, la habitación que había encontrado Yolande era demasiado pequeña para dos personas. En realidad, a Bridet no le importaba. Se hallaba tan

abatido que prefería estar solo. Había estado muy enamorado de su mujer, pero desde el armisticio, casi sin darse cuenta, habían empezado a distanciarse; de un día para otro su mujer comenzó a manifestar sus propios deseos y a tomar decisiones que no coincidían con las suyas. A ella también la había golpeado la catástrofe y parecía estar descubriendo que en la vida había cosas más importantes que la armonía conyugal.

Después de años sin pensar en su familia, ahora le preocupaba que se hubiera quedado en París; esperaba con impaciencia volver a ver a personas que hasta entonces le habían sido indiferentes; no paraba de hablar de su piso, como si hubiera vivido sola en él, y de su tienda de modas de la calle Saint-Florentin. Bridet sentía que paulatinamente se había convertido para ella no tanto en un extraño como en una de esas personas que se dejan un poco de lado, porque, por mucho que nos amen, no pueden hacer nada por nosotros. Y, en el fondo de su corazón, le daba la razón. Así era, no podía hacer nada por ella. Mientras hubo un ejército del que formar parte, había defendido a su mujer. Ahora, ya no había ejército y no podía defenderla. No podía ir en su lugar a solicitar un *ausweis*,* no podía encontrarle una simple habitación ni un taxi, no podía enviar dinero a su familia en París ni ocuparse de la tienda, no podía absolutamente nada. Yolande lo sabía y, poco a poco, se había acostumbrado a no contar sino consigo misma.

Se sentó a su lado. Hasta entonces nunca había hecho la menor alusión a su deseo de marcharse.

—Yolande, tenemos que hablar.

* Salvoconducto que en Francia permitía pasar de la zona ocupada por los alemanes a la zona bajo el régimen de Vichy.

Su mujer le miró como si no se diera cuenta de que estaba más serio que de costumbre. Había gente en el vestíbulo y tenían que hablar en voz baja, volviéndose a cada momento.

—Ven —dijo Bridet—. Ahí estaremos más tranquilos.

Yolande se levantó. Se sentaron uno junto a otro al fondo del vestíbulo.

—Lo he estado pensando toda la noche. Tengo que ir a ver a Basson.

Su mujer guardó silencio. Súbitamente, Bridet se sintió irritado, harto. Lamentaba no haberlo hecho antes, pero ahora su decisión era firme: iría a ver a Basson. Le diría con aire de franqueza que admiraba al Mariscal y le pediría que le ayudara. Basson era un viejo amigo. No se lo negaría. Sin embargo, comprendía que después de pasar tantos meses en un estado de abatimiento y desdicha, después de tantos proyectos que habían quedado en agua de borrajas, ahora que por fin había tomado una decisión nadie tenía motivos para creerle.

—¡Estás loco! —dijo ella.

Bridet le contestó que lo había pensado bien.

—Admiro al Mariscal —repitió en voz alta.

—No te va a creer nadie —le respondió Yolande al oído—. ¿Te imaginas que la gente es idiota? Vas a conseguir que te detengan. Todo el mundo sabe lo que piensas, lo has pregonado sin parar. ¿Por qué te empeñas? ¿Por qué no quieres que regresemos a París?

• • •

Mientras caminaba por la ciudad dejándose llevar, Bridet seguía preguntándose si debía ir a ver a Basson. Aunque nuestro futuro dependa de ello, hay cosas imposibles. No podemos decir que amamos a los que odiamos, todo el mundo se da

cuenta de que mentimos. ¿Qué podía hacer? ¿Volver a París? ¿Seguir a Yolande? ¿Mostrar educadamente sus papeles a los boches al cruzar la línea de demarcación? ¿Ver cómo ondea la cruz gamada sobre un París desierto? Yolande decía que el hecho de vender sombreros a los alemanes para que se los manden a sus mujeres no era antipatriótico. Ganaría mucho dinero y él, que siempre había sostenido que no tenía la tranquilidad necesaria para escribir, pues bien, tendría esa tranquilidad... Era repulsivo.

Y, sin embargo, Yolande le amaba. Estaba dispuesta a hacer por él lo que nunca había hecho. Pensaba que ahora les tocaba a las mujeres asumir un papel más activo, dar un paso adelante, hacer que se olvidara a los hombres con el fin de conservarlos intactos para el día en que pudieran tomar nuevamente las armas.

Por la noche, en su habitación, Bridet se notó fiebre. Estaba ardiendo. Creyó que iba a ponerse a temblar. Pero no temblaba. Era un malestar parecido al que sintió un mes antes por primera vez, cuando tuvo una sensación continua de vértigo y buscó algo a lo que agarrarse, una silla, un banco. Al final no se mareó, aunque no por ello se sintió aliviado.

Afuera, el mistral había comenzado a soplar con una fuerza extraordinaria. El siroco, el mistral, el cierzo, todos esos vientos temidos tienen algo en común que los diferencia de los vientos ordinarios y es que, de golpe, en una casa tranquila, las puertas de los armarios, las ventanas que dan a patios interiores, los objetos que creíamos bien protegidos, se ponen a temblar.

Bridet percibía esos ruidos misteriosos. ¿Qué podía hacer?, se preguntaba. Le parecía oír a alguien al otro lado de la puerta. No podía dejar de pensar en Basson. Tal vez no haya

nada más desagradable para un hombre orgulloso que depender de un amigo al que ha descuidado, del que nunca se ha fiado, y a quien los acontecimientos, al poner nuestra suerte en sus manos, parecen dar la razón frente a nosotros.

Bridet acabó por dormirse. Al día siguiente por la mañana tomó el tren.